

→ amor infantil de Isma, un niño de seis años, por Reme, la panadera del pueblo, en mi novela 'El pequeño heredero'; y donde tienen lugar los amores apasionados de 'La soñadora', otra de mis novelas, entre una joven riosecana y el ingeniero catalán que llega al pueblo para modernizar la maquinaria de las fábricas de harinas. Y es en los montes Torozos donde vive el dragón de 'El príncipe amado', al que el amor de una muchachita tierracampina, arrancará del fatal hechizo que le tiene preso devolviéndole la forma del bello joven que es. Recuerdo la perplejidad que produjo en alguno de mis conocidos el hecho de que hiciera aparecer un dragón en ese bosque árido, de escasa vegetación que son los montes Torozos. Y sin embargo, ese lugar está unido a la magia de mi infancia, y nada más natural por eso que transformarlo en el hábitat secreto de un dragón, que es el símbolo de todo lo que de misterioso y desconocido hay en el corazón humano y en el mundo. Aún recuerdo aquellas excursiones por el monte, cuando éramos niños, montados en burros, y las aventuras que vivíamos con palos y tiradores, que era como si al adentrarnos en aquel espacio poblado de encinas, robles y carrascas lo estuviéramos haciendo en uno de aquellos bosques llenos de peligros de las leyendas medievales en que amantes y ladrones se refugiaban para vivir la vida oculta de sus verdaderos deseos.

Y es que si esta comarca aparece una y otra vez en mis libros, es porque todas sus tierras, con su flora y su fauna, su geografía y los seres que viven en ella, forman parte de ese mundo mítico que nos acompaña desde que somos niños, y al que quedamos unidos para siempre. Si, esos prados felices a los que se refiere Milton en su poema sólo pueden confundirse en mí con estos lugares de los primeros deslumbramientos. De uno de sus pueblos, Villabrágima, procedía la familia de mi padre. Mi abuelo había sido farmacéutico, y tenía numerosas tierras por los alrededores. En el reparto de la herencia, nos correspondió la casa del pueblo y, después de unas obras mínimas, nos empezamos a instalar en ella durante los veranos. No era fácil vivir allí. No teníamos agua corriente y había que cocinar en la chimenea, utilizando el calor de la paja, lo que hacía que la cocción de los alimentos se prolongara durante horas. Tampoco había lavadora, ni nevera, y por si esto no fuera bastante había que luchar sin descanso contra sucesivas y persistentes plagas de molestos y amenazantes animales: ratones, cucarachas, arañas, y, de forma especial, contra las moscas. Las había a millares y manteníamos con ellas una lucha feroz, que a cada instante había que iniciar de nuevo. Recuerdo unas tiras de papel que desprendían un humo venenoso, el pulverizador del DDT, y aquellas cintas pegajosas que se colgaban del techo y en el que las moscas se quedaban pegadas. Llegábamos a expulsarlas con toallas y trapos, que sacudíamos ante las puertas, por las que salían en bandadas turbulentas que recordaban nubes de ceniza.

Y por si esto fuera poco estaban los mosquitos, que abundaban en las



▲ Martín Garzo pasea por el camino arbolado junto al Canal a su paso por Tamariz de Campos.



▲ La horizontalidad marca el paisaje de Tierra de Campos. Al fondo, un palomar.

zonas de regadío y en las inmediaciones del Canal de Castilla. Es en las orillas de este canal donde en mi novela 'La soñadora', tiene lugar una escena tan inesperada como cómica. Y es que la joven riosecana y el ingeniero catalán que han buscado el amparo de sus fresnos y chopos para entregarse a sus juegos amorosos, se ven súbitamente asaltados por una nube de mosquitos, haciendo que besos y caricias se transformen en desesperados manotazos por ahuyentarlos. «Dos amantes abrazados y los mosquitos llenándoles de repentinos picores que les obligaban a sustituir sus caricias por un rascarse sin fin. ¿Había manera más hiriente de burlarse de las dulces urgencias del amor?».

Claro que eso pasó en otros tiempos y hoy, gracias a las campañas de prevención, puede pasearse por esos mis-

